

● DEBE HABER POCOS PAISES en el mundo en que como éste, sean tan numerosas las vocaciones literarias juveniles. Porque aquí, en este pequeño Uruguay, no hay joven, especialmente entre los estudiantes, que no hayan intentado su versión de la angustia metafísica que lo corroe o del problema sexual que anima en todo despertar adolescente. Y no es de ahora, sino de siempre.

Hojeando viejos diarios y revistas finiseculares, ya no sorprende encontrar al pie de poemas, cuentos, ensayos literarios, la firma de quienes hoy rigen nuestra política o nuestro comercio, o los nombres de venerables matronas que a justo título integran nuestro escuálido patriciado.

Pues estas vocaciones avasalladoras se sustituyen pasados los veinticinco años, por intereses que son "más de este mundo" y, sobre todo, por d₂ que absorben las energías antes dedicadas a las letras: la política y el dinero, a veces, lamentabilísimamente por ser una en función de la otra, ambas conjuntas.

La formación de nuestros más destacados profesionales, políticos y algunos de los más famosos hombres de empresa de nuestro país, es, por regla general, literaria. Y no se debe ver en estos dos aspectos —formación literaria, triunfo en actividades radicalmente opuestas— una relación insustancial, mera casualidad que se explicaría por la búsqueda de su vocación que realiza un hombre con talento y que lo lleva, a través de sucesivas etapas disímiles, a aquella que corresponde a su temperamento. Por el contrario, debe verse una relación causal, por cuanto —uso leyes con notorias excepciones— el aprendizaje literario los capacita como sólo él puede hacerlo para el mejor aprovechamiento de sus facultades al abordar nuevas actividades o para el simple ejercicio de una vida plena.

Ocurre que siempre se ha considerado en menos, con irritante ceguera, la importancia trascendental que para la formación del hombre tiene la experiencia literaria. Ella es la única que puede aproximarse y a veces incluso sustituir la experiencia vital. El mundo de las letras —claro está que más exacto sería decir el de la cultura— tiene las mismas dimensiones que este que pisamos y el recorrerlo, el sentirlo viva y apasionadamente, el procrear en él, significa ejercitar las fuerzas, adiestrar para los mil vicisitudes que puede presentar la existencia hablando en términos de estrategia militar, en una palabra, significa vivir dos veces, como lo había sospechado Wieland.

Nunca se insistirá lo suficiente en esto, para evitar las consecuencias funestas de no haberlo comprendido. Seguimos luchando así contra ciertos profesionales que sólo ven el reducido espacio que les dejan las anteojeras y reclaman la transformación de nuestros preparatorios culturales en meras clases de acopio de información. No se trata de conocer más, sino de ser más porque en cuanto se elimina la posibilidad del mundo trascendente, sólo queda como fin en sí la realización y superación del hombre.

Para lo cual no hay mejor camino, como comprueba la reiterada experiencia histórica, que éste de la literatura, porque ella refleja todas las zonas de intereses y acrecienta la sensibilidad y la inteligencia en igual medida. Importa siempre más para el destino humano la lectura viva de Cervantes que la información minuciosa que ofrece cualquier carrera; importa más haber escrito cuentos y poemas que almacenado fichas y "datos útiles". Y cuando esa experiencia se ha producido en la edad plena y entregada de la juventud, sus beneficios se recogen en la edad madura aun en otras disciplinas porque el hombre ha ampliado su panorama existencial y aguzado sus modos de ver y expresar. Ha intentado la realización de una cosmovisión integral que lo representa.

::

Ahora bien, de entre esos frustrados literatos juveniles muchos los hubo que incursionaron en las letras en ejercicio de un simple aprendizaje temporario. Era el primer campo donde podían comprobar el alcance de sus fuerzas y en él actuaban como meros conquistadores reconociendo los aledaños de sus futuros terrenos de batalla, sin sentirse concitados hondamente por las letras.

Pero había otros en quienes era posible registrar una verdadera vocación literaria, incluso un auténtico destino de escritor —mayor o menor— que no se vio satisfecho. Esos futuros escritores renunciaron al esfuerzo duro que impone la literatura, a su persistente ahincamiento en lo difícil o cedieron a las tentaciones que les ofrecía la sociedad que, por lo común, adoptan el aspecto de faci-

lidades y compensaciones inmediatas para su trabajo y su talento. Se sacudieron la literatura de los hombros como una carga adolecente acostumbrándose psicológicamente a mirarla como un desliz por el que es forzoso pasar o, en los peores casos, estructuraron una vida ambigua en que el ejercicio de las letras devino una actividad dominguera para beneplácito y admiración de familiares y colegas.

En unos casos y en otros, la atracción fué ejercida por un mismo personaje mítico que se reviste de ropajes muy distintos e incluso contradictorios, desde el sacrificio personal en aras de, hasta el balance frío de ganancias y pérdidas, y ese personaje puede llamarse sin mayor error de matiz, vocación de poder. Poder tanto para mal como para bien, para ejercerlo en provecho personal o a beneficio de la colectividad. Y la mayor tentación fué la del poder político. La realidad social circundante, el apremio de los problemas sin solucionar, los que se creía poder resolver ventajosamente, la atracción que tiene el actuar inmediato sobre lo concreto cuyas transformaciones se tornan visibles para la mayoría, la urgencia de ver realizada y comprobada en los hechos su capacidad creadora, separó de su apuntado destino a muchos escritores. Ingresaron en la vida de los comités políticos, en el debate parlamentario. En cuanto a la obra literaria, más tarde se hará, cuando haya tiempo, en unas vacaciones que me serían tan útiles porque estoy tan cansado, sin reparar que en esa simple forma de postergación iba implícita una condena de su propia obra, que ya no podría hacer porque ella misma se venzaría de la desconsideración con que se le encaraba.

—Uso estas palabras —vocación de poder— para caracterizar la situación y explicarla sin intentar por ello menospreciarla porque es bien cierto que en todo escritor anima un afán de poder, como, desde luego, anima todo hombre. Y porque ya existía en el escritor es que puede hablarse de traición —incluso cuando fué sustituida por los mejores ideales—, de no haber proseguido perseverando en la línea auténtica —vocacional de las letras para lograr el poder en otro ambiente donde, por lo general, se le presentaba más fácil, más al alcance de las manos, o imponiéndose con mayor apremio.

Traición por error, por falta de inteligencia. En efecto, ¿qué persona joven recuerda hoy los nombres de los ministros que actuaron en los veinte años cuyo centro es el novecientos y qué queda de su prédica? Pero todos recuerdan y repiten el nombre de Eduardo Acevedo Díaz, y él sigue peleando hoy igual que en esos años y sigue haciendo prosélitos o creándose enemigos. Sigue siendo vivo y su influencia, por el contrario, va creciendo fortalecida a medida que pasan los años. Y lo mismo puede decirse de muchos otros escritores que, como en el verso de Jules Supervielle, siguen luchando por su patria siglos después de muertos.

Más legítima parece la ingenua actitud de Galdós, que no sacrificaba su obra a la política, sino ésta a sus novelas, al punto de haberse afirmado que su fugaz actividad política estaba motivada por su deseo de obtener más lectores porque consideraba que quienes leían a Blasco Ibáñez lo hacían por tratarse de un político famoso. Hoy nadie recuerda a Blasco Ibáñez, pero Galdós ha pasado a la categoría de los grandes novelistas de todos los tiempos. Comentando esa decisión de Galdós, afirmaba Miguel de Unamuno con exacta visión del problema: "Y sin embargo, Pérez Galdós ha hecho con sus novelas mucha más verdadera política y mucho más liberalismo que casi todos los políticos de oficio sedicentes liberales".

::

En toda traición interviene como ingrediente la cobardía moral. Aquí más aun porque el hombre de letras debe ser sensible en extremo a los principios éticos y porque, sobre todo en este ambiente paupérrimo y desalentador para su actividad, debe pretrecharse de un valor y de perseverante constancia. Este fracaso de los escritores —he sospechado siempre— es debido a una falta de valor, causada por no entregarlo todo al cumplimiento de su destino, incluso la vida, por haber quemado todas las naves menos una. Muchas veces pecado de orgullo, inspirado en este apresuramiento por llegar, por lograr, ¿qué?, que parece ser característico de nuestra época, por no tener la humildad confiada que salva cuando no se tiene el genio que rehúsa la aplicación de las leyes humanas.

Ya es tópico hablar del heroísmo del escritor en estas regiones, por la falta de eco a sus palabras, por el desapego creciente de las masas populares para su obra, porque,

como ha dicho Henríquez Ureña, escribir en español es permanecer inédito. Pero tener en cuenta todo ello es postular de apuro un reconocimiento, exigir incienso; en el fondo, no tener confianza en lo que se hace.

Pero todavía estamos a salvo de ciertas prostituciones mercantilistas que, sin ir más lejos, han ocurrido en Buenos Aires, donde la supeditación pasiva a los comercios editoriales ha esterilizado a un amplio conjunto de escritores.

Nos acechan, en cambio, elementos corrosivos, fuera de los citados, entre los que debe contarse la propia Universidad, cuya actividad es hoy día esterilizadora de las energías creadoras del escritor. Y la enseñanza: de muchos escritores han obtenido buenos profesores de los cursos secundarios y preparatorios de nuestro país. Del papel que han cumplido ambas instituciones habrá que hablar largamente y, no es este el lugar. Pero conviene advertir que, debiendo el escritor hacer "otras cosas" para vivir, por cuanto de su pluma aquí no vive nadie ni vivirá en mucho tiempo, al parecer —apenas sobrevive—, las ocupaciones particulares o burocráticas han producido muchos menos perjuicios que las universitarias tratándose de creación literaria.

::

Estas observaciones se hacen sobre datos que se extraen de la observación de los primeros años de nuestro siglo, pero son características permanentes. Hoy también el escritor novel se enfrenta a las mismas acechanzas, es sensible a los llamados del poder y de las comodidades por otras vías que las literarias. Presentar este panorama, por desalentador que pueda parecer, es útil para evitar los engaños, las ilusiones con que siempre tratan de envolverse —psicológicamente— las traiciones. Si el ejercicio de las letras es heroico o quijotesco, forzoso será ser leal con las obligaciones que impone.

Angel RAMA

Plan de Traducciones de la Unesco

● "Vosotros integráis la primera generación de herederos de la cultura universal", afirmó Malraux en frase afortunada, que representa con exactitud la situación del hombre actual a quien los inventos mecánicos recientes y la estrecha relación de los diversos países del planeta, le permite conocer tres milenios de cultura sin necesidad de desplazarse por el mundo ni poseer ingente fortuna.

A darle mayor rigor —en lo atinente a las letras— a esa comprobación del Malraux, ha dedicado la UNESCO una reunión especial de expertos en traducciones bajo la dirección de Jullien Cain, la que se celebró en los últimos meses del año pasado.

En esa reunión se decidió traducir una colección de obras de clásicos árabes a lenguas occidentales y de obras occidentales al árabe, tal como se había propuesto durante la Conferencia de Beirut, estando ya en preparación la versión al francés, inglés y español del poema de Algazel *Ayuh'al Walah* y la traducción al árabe del Quijote cervantino.

Se dispuso asimismo consultar a los estados miembros de la UNESCO para que propongan obras de autores nacionales que consideren convenientes traducir y que posibilidades ofrecen de distribuir y editar obras extranjeras.

De acuerdo con los propósitos de la institución internacional, de difundir la cultura de las regiones más apartadas del comercio intelectual europeo, se ha concedido especial interés a Hispanoamérica y al Oriente. Respecto a los países latinos de América se preconizó la realización de numerosas antologías poéticas y de obras que reflejen la historia de las culturas precolombinas y del descubrimiento y colonización del continente.

En ese sentido sería conveniente que nuestro país, afiliado a la UNESCO aunque moroso en sus pagos, con una comisión asesora de "inmortales" en función, no descuidara este aspecto tan importante de la difusión de nuestros clásicos fuera de fronteras. Como tenemos entendido que nada se ha hecho, llamamos la atención del Ministerio.

● Entre las obras cuya traducción se ha encarado, se encuentra la novela en que culmina el talento de Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta* que, increíblemente, hasta ahora es conocida solo por los lectores españoles; *El sueño de la Cámara roja*, considerada como uno de los monumentos de la literatura clásica china y los *Viajes por los desiertos de Arabia* de Doughty que, editados en la época isabelina, lograron su segunda edición en 1921, gracias a la devoción de T. E. Lawrence, pero que no han sido vertidos a otra lengua.

● La reunión de expertos que noticiamos no descuidó las condiciones materiales de esta labor, recomendando la imposición de un estatuto internacional para los traductores que justiprecie su trabajo, y propuso un sistema de pago porcentual sobre la venta de los libros. "Una de las causas de la abundancia de traducciones mediocres —había informado la UNESCO al Consejo Económico y Social— estriba en el hecho de que los traductores son insuficientemente remunerados y carecen de protección legal".

A. R.